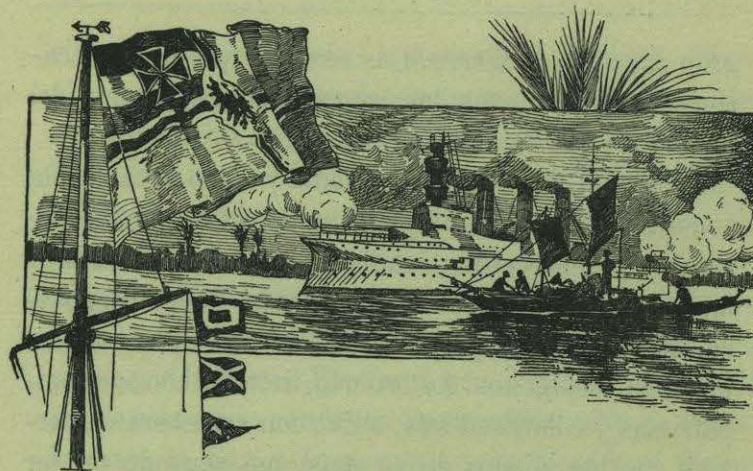


bía delegado un orador en la tribuna. Todos abrigaban unos mismos sentimientos. Guillermo II fué combatido sin miramiento alguno. Los oradores expusieron los perjuicios causados al buen nombre de Alemania, á sus intereses, á la idea misma de la monarquía por la política personal de Su Majestad.

«Ahora comprendemos la desconfianza del extranjero respecto á nuestra política—decía Hertling, *leader* del Centro y uno de los políticos más considerados de Alemania. Hemos hablado de aislamiento, pero tenemos ahora la impresión de que con nuestra política es con lo que nos hemos creado adversarios.»

Para encontrar, en los anales del régimen parlamentario, sesiones que recuerden las de noviembre de 1908 en el Reichstag alemán, hay que acudir á los días de revolución triunfante en que se pisotea á los soberanos caídos.

Ningún periódico fué procesado por crimen de lesa-majestad, acusación de que se solía usar y abusar antes de estos acontecimientos. La justicia hubiera tenido que empezar por perseguir á todos los oradores del Reichstag; y retrocedió ante la enormidad de la empresa. Este es uno de los hechos más sugestivos de «la semana negra de la monarquía prusiana.»



CAPITULO XIX

¿Qué hubiera hecho Bismarck? — Venganza póstuma del cancler de hierro. — Historia de su dimisión. — Los enemigos de Guillermo II. — Transformación del imperio alemán. — Guillermo II, emperador del mercado mundial. — Guillermo II y M. Roosevelt. — Una conferencia histórica. — Muerte de Eduardo VII de Inglaterra. — Sus funerales. — Guillermo II en Londres. — Una comida de magnates. — Reciente enfermedad de Guillermo. — Sus consecuencias.

En todas las horas de inquietud y de incertidumbre, surge una pregunta en la prensa, en las asambleas políticas, en los salones y en los cafés de Alemania: ¿Qué hubiera hecho Bismarck?

Este llamamiento incesante al gran difunto no brota solamente del corazón de un pueblo que tiene puestos los ojos en las páginas más gloriosas de su historia á la cual pide enseñanzas. Es también, y sobre todo, en su espíritu, una expresión de desconfianza respecto á los encargados de continuar los tiempos heroicos; una señal de despego para con el Hohenzollern cuya actividad febril pretende asumir por sí sola la tarea difícil de orientar el imperio por sendas nuevas y pacíficas.

Mucho se ha escrito sobre la dimisión impuesta al

gran canciller de hierro. Las razones que la provocaron se relacionan con las causas del mal humor del pueblo alemán contra Guillermo II.

En 1890, Bismarck tenía setenta y cinco años. Había constituido la Alemania y regentado la Europa. La gloria metió en su cabeza debilitada la idea de que era infalible y necesario. Creíase inmutable. Sin embargo, el coloso quebrantado pesaba terriblemente sobre los hombros de los epígonos. Autoritario, irritable con sus compatriotas y colaboradores, altivo con su soberano, versátil con los aliados de su país, fué acusado de ser causa de que la política alemana iba de fracaso en fracaso, lo mismo en el exterior que en el interior. No disponía ya más que de uno de los dos elementos que habían constituido su fuerza: la brusquedad, que muchos calificaban de grosería. Los años habían paralizado la astucia. Ya no sabía hablar sin proferir amenazas é insultos contra hombres y naciones.

Despreciando á los políticos de su país, los evitaba pasándose largos meses en sus fincas. Las prolongadas ausencias fueron interpretadas como una muestra de desdén para sus colegas de ministerio, para las asambleas parlamentarias y para la familia real. No hallándose ya en contacto con el personal político, no se daba cuenta exacta de las evoluciones de la opinión pública ni de las nuevas necesidades del imperio. Y sin embargo, con la constitución de 1871, había concentrado en sus manos todos los poderes gubernamentales, y estaba cada vez más celoso de ellos.

Guillermo II tenía entonces unos treinta años, y poseía el sentimiento de sus deberes, la conciencia de sus derechos, la voluntad de ser el amo, y una inteligencia

ricamente adornada de los dones más diversos. Entre el emperador y Bismarck existía una cuestión de poder. Se han escrito docenas de libros sobre la dimisión de Bismarck. Casi todos buscan en el orden psicológico la causa del conflicto. Éste estalló con motivo de las leyes de represión contra los demócratas socialistas. El genio de Bismarck necesitaba un enemigo exterior ó interior. Fuera, todo tendía á la paz. Dentro elevábase un poder nuevo. Bismarck pensó que había que cerrarle el camino con leyes implacables: «No se transformará la *Sozial-Democratic*, pero llegará el día en que será preciso fusilarla.»

El joven soberano pensaba de distinto modo: «No quiero inaugurar así mi reinado, replicó; no quiero ahogar á mi pueblo en la sangre; no quiero que me llamen el príncipe metralla.» Poseía ya en alto grado el sentido de las cuestiones sociales que iban á ocupar el puesto principal en la era nueva en que entraba Alemania. Y quería tomar la iniciativa de las leyes sociales á fin de no dejar el mérito de las mismas á los parlamentarios.

Un rescripto anunciando «el desarrollo de la legislación de seguros para los trabajadores» y una información sobre «las prescripciones relativas á los obreros de fábrica» fueron elaborados por orden del emperador, sin el permiso de Bismarck, y leídos en el consejo de ministros. El canciller saltó y quejóse de que el proyecto se salía del plan de reforma social expuesto en el mensaje de Guillermo I, en 17 de noviembre de 1881, y de que tomaba una parte del programa de los socialistas, sin proporcionar los medios de oponerse á su propaganda revolucionaria; y declaró que no refrendaría los rescriptos sin haberlos retocado.

Ante la obstinación del emperador, Bismarck apeló al subterfugio de la reunión de una conferencia internacional, para deliberar y madurar unas medidas de tamaña importancia, esperando «poner así un freno al impulso humanitario de su amo.»

Guillermo II lo aceptó, como aceptó también las atenuaciones propuestas por los liberales á la ley de represión votada en 1878, á consecuencia de los atentados contra Guillermo I, y que volvió á discutirse el día 25 de enero de 1890. Desecharon el proyecto de ley: los conservadores por demasiado suave, y los liberales por demasiado severo.

El 4 de enero, los rescriptos sociales fueron publicados en el *Monitor del Imperio*. Por primera vez, después de veintisiete años, la estampilla de Bismarck dejó de figurar al pie de documentos con que se ultimaba la unidad alemana. Mes y medio más tarde, el príncipe abandonó la cancillería.

Su caída fué un acontecimiento europeo. En Alemania, la emoción causada por la noticia duró poco, y cedió el puesto á un sentimiento de alivio general. El Reichstag y el Landtag guardaron silencio; los radicales y los socialistas se alegraron; la nación tomó el hecho con frialdad. Los únicos que lo sintieron, por temor á lo desconocido del porvenir, fueron los conservadores imperialistas.

Friedrichsruhe se convirtió en centro de la oposición á la política de los sucesores de Bismarck, que dirigió personalmente una enérgica campaña periodística. De allí partieron también las críticas lanzadas contra el emperador. La inquina del solitario y de las publicaciones vengativas inquietaron con frecuencia al gobierno alemán.

Bismarck murió sin perdonar al emperador. Su alma, henchida de cólera, levanta de vez en cuando la losa del sepulcro erigido en su bosque, á la sombra de copudas encinas, y produce oleadas de opinión que pasan por encima de las barreras constitucionales de la Wilhelms-trasse (1) y van á estrellarse contra el palacio real.

Las manifestaciones inoportunas, los discursos poco hábiles, los escritos inconsiderados han servido de pretexto para movimientos de mal humor contra Guillermo II. Las causas son más profundas. Sin duda, se reprocha al emperador el que abusa de la palabra, y es evidente que un pueblo, por una parte taciturno y por otra ávido de resultados prácticos inmediatos y temeroso de Inglaterra, establezca, por ejemplo, entre el difunto rey Eduardo, silencioso y constitucional, y Guillermo II, hablador y rey por la gracia de Dios, una comparación que no resulta ventajosa para el último.

Bajo el reinado de Guillermo II, el papel de Alemania en el mundo ha cambiado de aspecto. Su hegemonía política se ha transformado en imperialismo económico. Su acción ha tenido más éxito en los mercados que en las cancillerías. Las amenazas, el ruido de sables no han impedido nada. Se han consolidado las alianzas y se han concluído nuevos pactos. En el incidente de los desertores de Casablanca, se dió el espectáculo singular y lleno de enseñanza de que la opinión europea simpatizó con Francia, en tanto que la opinión alemana se desencadenaba contra Guillermo II.

El imperio alemán es un organismo esencialmente económico. Su organización en potencia de grande empresa política no le ha quitado nada de aquel carácter.

(1) La calle en que se halla el palacio de la cancillería del imperio.

La transformación de este país agrícola en país industrial ha tenido por consecuencia un crecimiento rapidísimo y colosal de la población, que en menos de medio siglo se ha elevado de cuarenta á sesenta millones de habitantes. He aquí el hecho cápital que domina el presente y decidirá del porvenir. Por esto el reformador de 1890, después de examinar el estado del mercado alemán, convirtiéndose á partir de 1895, en el emperador del mercado mundial.

Habiendo comprendido así la Alemania moderna, ha orientado hacia el mar las energías de su pueblo, haciéndole comprender que allí estaba su porvenir, y de su entusiasmo salió la escuadra alemana.

Alemania atraviesa una época de transición en que el poder pasa de una clase á otra, del dominio agrario á la dictadura del industrialismo, de la monarquía de derecho divino á la democracia imperialista.

El imperio, la burguesía y el proletariado son tres formas de un mismo hecho, tres consecuencias de la transformación de la Alemania. La Alemania agrícola era el sostén del Estado prusiano. Nuevas fuerzas lo minan. El rey se ve cogido en el remolino de las cosas que cambian y buscan direcciones nuevas. La monarquía prusiana, absoluta, conservadora, feudal, mística, no pudo hacer ya contrapeso á esas fuerzas anticonservadoras, democráticas, materialistas.

Guillermo II, emperador alemán, ha comprendido que la dirección económica de la Alemania moderna pertenecía á la aristocracia industrial y ha tratado de hacer alianza con ella. Pero ella no tiene influencia alguna sobre el pueblo. Para aprovecharse de ella, el emperador ha querido apoyarse en las masas.

La sucesión de los cinco cancilleres marca las oscilaciones del rey de Prusia para encontrar el equilibrio entre esas fuerzas enemigas y resolver la contradicción en el centro de la cual se halla colocado. Después de Bismarck, Caprivi. Después de un hombre de mando, un hombre acostumbrado á la obediencia por la disciplina militar; después de un jefe, un servidor; después de un genio, una medianía bajo cuya capa constitucional Guillermo II hizo el aprendizaje del gobierno personal, siendo, según la frase de Bismarck, «su propio canciller.» ¿Qué política hace? Una política librecambista, antiagraria. Los propietarios se agitan, arruinados por los tratados de comercio con Rusia y Austria y por la baja de los trigos. La aristocracia terrateniente no se considera ya la hija privilegiada de la monarquía, y estallan formidables escándalos en Berlín.

El príncipe de Hohenlohe sucede al general Caprivi. Es un gran señor cuya casa es tan antigua como la de los Hohenzollern. El representante fatigado de la aristocracia feudal llega al poder en las postrimerías de la vida. Es una sombra simbólica que pasa. Llega Bülow cuyos ascendientes han desempeñado un papel considerable en las agitaciones de la Alemania liberal, por los años de 1840, contra el rey de Prusia. Es, además, un diplomático pervertido por el espíritu latino. Trata de reproducir en el exterior las tradiciones bismarckianas, mientras las dificultades interiores se acumulan y se complican. Trata de conciliar las dos aristocracias, como Bismarck; hace el bloque de las izquierdas; no excluye á la derecha, pero le pide una *rençon* para el imperio. Más prusianos que imperialistas, los conservadores niegan el impuesto sobre las sucesiones y lo

derriban del poder. Su sucesor, Bechmann, es un burócrata perteneciente á un linaje de *manejadores* de dinero. Vino á tratar con los partidos que representan intereses opuestos y arrancarles los *subsidios* necesarios al imperio. El mero hecho de confiar la cancillería á un hombre que es un *manœuvrier* parlamentario, y no un diplomático, prueba que las dificultades interiores superan á las exteriores. Al nombrarle, Guillermo II ha seguido las indicaciones de la «necesidad,» tan á menudo invocada por Bismarck y por Bülow en todas las cuestiones en que violentaron la conciencia de los hombres.

El emperador comprendió el problema del porvenir de Alemania y empezó su política donde Bismarck terminaba la suya. Los rescriptos sociales de 1890 son documentos esenciales á la inteligencia de la era de Guillermo II. Pero éstos no anunciaron más que una primavera de buenas intenciones. Por una parte, las leyes contra los socialistas habían sembrado la desconfianza entre las masas obreras; y, por otra parte, toda la burocracia de la escuela de Bismarck, procuró destruir «el impulso amistoso en pro de los obreros del señor imperial.»

Por último Guillermo II ha caído en la cuenta de que el problema social dependía del problema económico; porque, antes de pensar en crear necesidades nuevas en el pueblo, mediante una serie de leyes que le den más alta idea de su dignidad social y multipliquen sus deseos de bienestar, hay que poder satisfacerlas. Por esto el reformador de 1890, después de haber examinado la situación del mercado alemán, se ha convertido, desde 1895 á esta parte, en el emperador del mercado mundial, orientando hacia el mar las energías del

pueblo alemán y haciéndole comprender que allí está su porvenir.

M. Roosevelt, el expresidente de los Estados Unidos de la América del Norte, que durante algún tiempo ha ocupado la atención general con sus visitas á las grandes capitales europeas, dió, á mediados de mayo último, en la Universidad de Berlín, una conferencia que adquirió las proporciones de un pequeño acontecimiento histórico, pues, además del emperador, la emperatriz, los príncipes de la familia imperial, el canciller, los ministros, altos personajes de la administración y de la política, eminencias científicas, artísticas y literarias, los representantes de la nobleza, de la magistratura y del ejército, y los delegados de las corporaciones de estudiantes, con sus extraños uniformes de abigarrados colores, dieron al salón, lleno de bote en bote, un aspecto tan pintoresco como brillante.

Poco antes del mediodía, apareció la emperatriz, acompañada del rector de la universidad, M. Erich Schmidt, y seguida del emperador, de M. Roosevelt y de la corte.

Después de los saludos de rúbrica, el rector pronunció su discurso de bienvenida, que el expresidente escuchó en una actitud de modesto orgullo.

Á su vez, M. Roosevelt tomó la palabra en inglés y dijo en substancia:

«Más de mil años han transcurrido desde que el imperio romano del Oeste se convirtió en imperio alemán.

»Los siglos han pasado desde entonces, con sus vicisitudes singulares, unos casi estériles, otros llenos

del esplendor de Alemania en el dominio de las armas y del gobierno, de las ciencias y de las artes.

»Hacia este antiguo país, de glorioso pasado y esplendoroso presente, hacia este país que evoca tantos recuerdos y tan ardientes esperanzas, vengo yo, representante de una nación joven, pariente por la sangre, y diferente, sin embargo, de cada una de las grandes naciones de la Europa central y occidental. De cada una ha heredado ó adquirido mucho, pero transforma esas herencias y esas adquisiciones en algo nuevo y singular.»

El orador nos hace remontar, á remolque de su pensamiento, á las civilizaciones antiguas, caducas, pero cuyo floreciente desarrollo dejó sobrevivir para nosotros algo más que vagos recuerdos: civilización egipcia, civilización asiria, civilización hebraica, civilización grecorromana, civilización islámica, otras tantas etapas misteriosas hacia nuestro esfuerzo actual.

En el curso de su conferencia, M. Roosevelt había sabido tejer hábilmente los mayores elogios que es posible dirigir al kaiser, á la emperatriz y al pueblo germánico.

Aclamado por la asistencia, el conferenciante termina su discurso en medio de una ovación entusiasta. Restablecido el silencio, el profesor Rotha, de la facultad de filosofía, anunció solemnemente que M. Roosevelt era nombrado doctor honorario en filosofía y letras; y, después de un triple «hoch» en honor del kaiser, todo el mundo se retiró. El acto había durado dos horas.

Al decir de varias personas que recogieron manifestaciones confidenciales del expresidente, la personalidad del kaiser produjo en él una impresión profunda. Pero muy lejos de hacerle el efecto de un guerrero hosco y terrible, le pareció simplemente un hombre

en extremo simpático, inteligente, ilustrado y amable.

Pocos días después de estos sucesos, otro más trascendental había de reunir otra vez, en Londres, á los dos ilustres hombres de Estado, personificación de los dos pueblos que en el antiguo y en el Nuevo Mundo realizan la evolución más completa quizá del progreso actual. Pero, en la gran urbe británica, Guillermo II había de eclipsar por completo á Roosevelt.

La muerte, casi repentina, de Eduardo VII, había llevado el luto á las cortes de Europa, y la mayor parte de los príncipes reinantes, emparentados con el rey difunto, fueron á Londres para asistir á sus funerales.

Mientras la llegada de tantos reyes pasaba poco menos que inadvertida en la ciudad del Támesis, la llegada del kaiser adquirió las proporciones de un acontecimiento. Un gentío inmenso se había reunido para presenciar su entrada en Londres, que tuvo efecto el 19 de mayo al mediodía.

Guillermo II tiene á los ojos de las masas británicas un innegable prestigio personal, en que el temor entra por mucho, pues sus intenciones les han sido siempre sospechosas. Pero el hecho es que le admiran, y que les gusta contemplar en él al tipo del *strong man*.

Su llegada, anunciada en gruesos caracteres, en los carteles portátiles que llevan los vendedores ambulantes de periódicos, fué realmente el acontecimiento del día, que la prensa registró hasta en sus más mínimos detalles.

Cierto es que el nieto de la reina Victoria, sobrino de Eduardo VII, y primo hermano de Jorge V sabe presentarse siempre en actitudes susceptibles de agrandar á las muchedumbres de Londres. «*He looked every inch a*

king» (tenía hasta la extremidad de las uñas el continente real), decía un periódico londinense de la tarde. Y todos reseñaban en términos lisonjeros su llegada.

El emperador saltó al andén, con la cabeza descubierta, y cogiendo en ambas manos reunidas la mano derecha del rey Jorge, le besó en las dos mejillas; inclinóse luego y besó al joven duque de Cornualla, el cual, á pesar de su título de príncipe heredero, parecía algo intimidado por la presencia del poderoso monarca germánico. Guillermo II de levita negra y luto riguroso, permaneció largo rato descubierto, saludando al duque de Argyll y á varios altos dignatarios que habían acompañado al rey.

El emperador ha encanecido bastante en estos últimos años, pero, á los ojos de los londinenses, esto da mayor dignidad á su fisonomía, y sus facciones, que aún conservan la energía de la juventud, siguen adornadas con ese soberbio bigote en forma de doble pararrayos, que muchos de sus súbditos en vano han pretendido imitar.

Guillermo II supo ser cordial, expresivo, sin dejar de observar esa circunspección, esa reserva discreta, propia de los que experimentan un gran duelo. Subió con el rey de Inglaterra á un landó cerrado, y los dos monarcas, con el sombrero de copa en la mano, inclinaban casi imperceptiblemente la cabeza cerca de las portezuelas, para contestar á los simpáticos saludos de la multitud. Porque ésta, aunque se abstenía de dar ningún viva á causa del luto, agitaba como furtivamente chales y pañuelos al paso de los dos soberanos. Y el landó real, sin ninguna escolta, al trote corto de los caballos, atra-

vesó una inmensa aglomeración humana, contenida solamente por algunos *policemen*.

El mismo día, á las seis de la tarde, el rey Jorge y el emperador, acompañados del rey de Bélgica, visitaron al ilustre muerto, y, pocas horas después, los periódicos de la tarde referían cómo el kaiser depositó una corona sobre el catafalco, se arrodilló delante del féretro y oró largo rato en actitud de recogimiento religioso.

Los mismos periódicos ponían en conocimiento del público que el soldado más ilustre de Inglaterra, lord Roberts, había sido agregado á la persona de Guillermo II para mientras durase su permanencia en el reino.

Aquella misma noche, el rey Jorge ofreció en el palacio de Buckingham, una comida de unos sesenta cubiertos á los soberanos y á los miembros de las familias reales que habían acudido á Londres para asistir á las honras fúnebres de su padre.

Todos los comensales iban de frac y corbata blanca, ostentando las condecoraciones inglesas que poseían.

En aquella mesa de magnates, la figura culminante fué la del emperador Guillermo, de quien observaban los menores gestos y retenían las palabras más insignificantes. Todo el mundo interpretó como una prueba de sus designios pacíficos la cordial conversación que tuvo, después de la comida, con el representante de Francia.

Al día siguiente, 20 de mayo, en los funerales del rey Eduardo, el kaiser descolló también entre los soberanos del cortejo que desfiló, desde Westminster hasta Paddington, por Whitehall, la explanada de los Horse-Guards, la avenida del Mall, Hyde-Park y Edgware road, en un trayecto de siete kilómetros, por entre cinco millones de espectadores.

Guillermo II iba á caballo, á la derecha de Jorge V, detrás del féretro de Eduardo VII, cetro en mano, tal como el pueblo de Londres lo había visto en los funerales de la reina Victoria en 1901; y si la despedida del mismo pueblo no ha sido esta vez tan cordial como entonces, sólo debe atribuirse á que la política europea, y muy particularmente la británica, ha cambiado mucho de nueve años á esta parte.

Al advenimiento de Eduardo VII, la situación era más clara y menos peligrosa que á su muerte.

Las ansiedades que experimentó Inglaterra al anuncio de la agravación del mal que en pocos días había de llevar aquel monarca al sepulcro, acaba de sentir las, aunque en menor grado, Alemania, con motivo de la reciente enfermedad del kaiser (1); y una de las consecuencias de esta enfermedad ha sido la tregua de hostilidades que se observa en la prensa alemana de oposición á la política personal de Guillermo.

Alemania entera ha hecho votos por el pronto restablecimiento del emperador, y, en esos votos, se han mezclado, con sentimientos de afecto y simpatía, secretas alarmas y profundas inquietudes; porque el pueblo germánico piensa, sin duda, con Roosevelt, que Alemania necesita «un corazón elevado y una mano firme» (como la mano y el corazón de Guillermo II), para realizar, en su movimiento progresivo, sus dorados sueños de poderío, de prosperidad y de gloria.

(1) Un tumor en la rodilla.



ÍNDICE DE GRABADOS

	Páginas
El emperador Guillermo II.	2
La reina Victoria de Inglaterra, madre de la princesa Augusta prometida de Federico Guillermo de Alemania.	13
El príncipe Federico Guillermo de Prusia y la princesa Victoria de Inglaterra, después de la boda.	15
Bismarck.	21
La cuna de los Hohenzollern.	23
El príncipe Regente tomando un coche para ir á ver á su nieto recién nacido.	25
Federico Guillermo, príncipe heredero de Prusia.	27
Medalla conmemorativa del nacimiento del actual emperador.	31
La princesa Victoria con su hijo el príncipe Guillermo.	32
El príncipe Federico Guillermo y su hijo Guillermo.	33
El príncipe Guillermo con su primer caballo.	37
El príncipe Guillermo en su primer barco.	39
Ejercicios gimnásticos del príncipe Guillermo.	41
Liceo de Cassel, donde estudió Guillermo hasta los 18 años.	43
El príncipe Guillermo y su madre la princesa Victoria.	45
Rúbrica del príncipe Guillermo puesta en uno de sus libros de estudiante.	49
Universidad de Bonn donde estudió el príncipe Guillermo.	51
El príncipe Guillermo y su prometida la princesa Victoria.	55
Medalla conmemorativa del casamiento de Guillermo II.	61
El príncipe Guillermo y Molke.	63
La princesa Augusta Victoria, madre del novio, del brazo del emperador Guillermo I.	65
Boda del príncipe Guillermo con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein (27 de febrero de 1881).	67
Guillermo I, emperador de Alemania.	75
El príncipe Federico.	79
La familia del príncipe heredero Federico, en San Remo.	81
Muerte del emperador Guillermo I en 9 de marzo de 1888.	85
El emperador Federico III en el parque del palacio de Charlottenburgo.	87
El nuevo palacio de Potsdam.	89
El emperador Federico III en la cámara ardiente instalada en la galería de Jaspe del palacio de Friedrichskron.	93
Sarcófago del emperador Federico III en Potsdam.	94
La emperatriz viuda de Federico III.	95
El emperador Guillermo II en el año de su advenimiento al trono (1888).	99
La emperatriz Augusta Victoria en 1888.	101
Palacio de Friedrichskron (Potsdam).	103
Palacio del príncipe heredero en Berlín.	105
Salón del Palacio de Mármol.	107
Comedor del Palacio de Mármol.	109
El yate imperial <i>Hohenzollern</i>	115
El kaiser en su camarote del <i>Hohenzollern</i>	117
Guillermo II pasando revista á uno de sus batallones preferidos.	127
El conde Liebenau.	132
Guillermo II en uniforme de húsares de la Guardia de Corps.	133
El emperador Guillermo II y su primogénito.	145
La familia imperial alemana en 1896.	163